

## Juan Ramón Jiménez, poeta

Por AUGUSTO TAMAYO VARGAS

"Un momento Platero, vengo a estar con tu muerte. No he vivido. Nada ha pasado. Estás vivo y yo contigo....."

J. R. J.

Voy a iniciar estas líneas con frases ajenas. Son de Rodó, en relación con Juan Ramón Jiménez: "Veo a través de esta poesía de sinceridad y de reserva, a un tiempo mismo, la transparencia de un espíritu fino como un diamante y deliciosamente sensitivo. He aquí un lírico de la familia de Heine, de la familia de Verlaine y que permanece, no solamente español, sino andaluz, andaluz de la triste Andalucía!"

Ese poeta sincero y reservado a un mismo tiempo, que transparentaba su finura y una sensibilidad traspasada de esencias líricas, trabajó intensamente a través de largos años de constancia y de depuración de su espíritu y de su lenguaje. Y en la lejanía del auto destierro, del que no volvió nunca por consecuente decoro y dignidad, ganó victorias como el Cid para su Patria. Y la mayor de ellas fue el Premio Nobel concedido sobre el filo mismo de la muerte de la amada compañera de cuarenta años. Esa distinción le fué rendida como homenaje a su poesía y a la de otros dos grandes poetas sacrificados en la misma coyuntura que él: Antonio Machado y Federico García Lorca. Y por qué no también a la de otro mártir, muerto también en el exilio: Pedro Salinas.

Cinco años hacía que Juan Ramón vivía, por segunda vez, en Puerto Rico. Estaba melancólico y como apartado del mundo

circundante. Cada vez le había interesado más su paisaje interior: "He recorrido la Isla en todas direcciones. Su riquísima naturaleza (interior) confirma mi duda primera. ¿Porqué esta naturaleza hermosa me parece blanda, floja, insuficiente? Tierra, piedra, árbol, ¿porqué es todo tan bonito? Los panoramas llegan a parecer grandiosos, los efectos de monte, mar y cielo me sorprenden, pero nada acaba de imponérsenos con grandeza verdadera. Las mismas nubes, aquí de tan maravillosa acumulación rápida, parece que van a durar poco, y no porque se desahogan al momento en lluvia....". En cambio: "La calidad del tipo humano es aquí, en San Juan, extraordinaria. ¡Qué honda impresión primera! ¡Qué riqueza, qué belleza de color, de forma de expresión, sobre todo en el pueblo!".... Juan Ramón se ha refugiado en la humanidad, aunque no busque nunca la sociedad. Y de esa humanidad más que de los jueces del Premio Nobel viene el galardón. Su "Platero" rebaza todas las fronteras, a pesar, o por eso mismo, de ser tan típicamente español y de caminar por regiones tan españolas siempre. En Juan Ramón Jiménez, azota la universal españolidad de Luis de León o de Cervantes. En estos años de camino al retraimiento permanecía fiel la estampa de la esposa. La que lo conducía. "Soy como un niño distraído que arrastran por la fiesta de la vida". Pero ella muerta, la desolación prendió definitivamente en su espíritu. Ningún contacto con el mundo exterior. Ni aún con su propia exterioridad. Y cuando el año de 1957 allá en la isla del Caribe, que era su último refugio, pretendí conocerlo para poder extraer en vivo lo que había sentido a través de su poesía, los amigos me informaron que era imposible verlo, por el estado de su salud. Nunca conocí directamente al hombre Juan Ramón Jiménez. Sólo al poeta. De él me voy a ocupar brevemente. Tampoco haré referencias a "Platero y yo", pues aunque allí hay zumo de su poesía, su íntimo aspecto regional y su amoroso aliento lo han convertido en objeto de universal conocimiento. Voy a referirme a **lo otro**. A lo que hay de trayectoria estrictamente lírica dentro de la que fue siempre renovada tarea poética de Juan Ramón. No ha de ser, tampoco, éste un análisis de toda su obra poética, sino tan sólo la insistencia en determinados aspectos de aquélla. La copiosa bibliografía que sobre su espléndida figura de poeta se ha ido forjando, desde que se iniciara allá en 1900 su trayectoria lírica, rebaza las posibilidades de una síntesis apretada.

Quisiera en primer término encuadrarlo dentro del movimiento literario de habla española; y apreciando las raíces que han fructificado en él, encontrar a la vez cómo su semilla germinó rápidamente. Federico de Onís dijo que "en la historia de la poesía española contemporánea, Juan Ramón Jiménez ocupa, como Rubén Darío, un lugar aparte, éste al principio y aquél al fin del modernismo; porque si por Rubén Darío entra definitivamente la poesía hispánica en el modernismo, por Juan Ramón Jiménez sale definitivamente de él. Por eso Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez, el maestro y el discípulo por la cronología y por la admiración mutua, son los dos polos en torno a los cuales gira toda la poesía contemporánea: en torno al primero, la poesía de los precursores y de los modernistas; en torno al segundo la de las escuelas que suceden al modernismo. Y así, cuando los poetas de hoy levantan nuevas banderas en franca reacción contra el modernismo rubendariano, se acogen a la paternidad de Juan Ramón Jiménez, a quien todos reconocen como maestro". Y él había ya destacado. "Siempre que se me ha hablado de una antología de la poesía española contemporánea, he dicho lo mismo: que es imprescindible empezar por Miguel de Unamuno y Rubén Darío, fuentes de toda ella (y de lo que falta). En Miguel de Unamuno empieza nuestra preocupación metafísica "conciente" y en Rubén Darío nuestra creciente preocupación estilística, y de la fusión de esas dos grandes calidades, esas dos grandes diferencias, salta la verdadera poesía nueva. Y no hay que decir, como dicen tales para complicar, eludir, sortear, el asunto, que lo mismo sería empezar por Becquer, o Góngora, o Quevedo, o San Juan de la Cruz, o Garcilaso. No, sencillamente porque no son nuestros contemporáneos. Y después de Miguel de Unamuno y Rubén Darío, y antes que ningún otro, pues en él comienza, sin duda alguna, y de qué modo tan sin modo, aquella fusión, Antonio Machado, el fatal. ¿Cómo es posible que nadie crea que se deban o puedan empezar antologías por discípulos más o menos "separados"? ¿No se dan cuenta los que lo hacen de que están intentando dar forzada existencia a un cuerpo sin cabeza? (Uno de esos cuerpos sin cabeza, o con otras cosas, zapatos, guitarras, coles, cucharas, peces, en vez de cabezas, tan propios del sobrerrealismo, imitador general, con gran talento a veces, de naturales ruinas)".

Negar el modernismo de Juan Ramón Jiménez es, cerrar los ojos a la verdad. En ello han caído muchos y aún diría.

mos que él mismo. La equivocación vá más allá en Pedro Salinas cuando quiere referir el modernismo —que para él es sólo lo retórico— a América, y concretar la corriente intelectualista de la poesía del siglo XX a España. Tremendo error; porque poetas "buhos" y poetas "cisnes" los hubo allí y aquí, desde la década final del XIX, hasta el presente. Cabe, sí, afirmar que ese modernismo encontró en Juan Ramón un especial intérprete, una nueva voz de esencial pureza lírica. Con una actitud clásica, ni romántico ni académico, Juan Ramón fue reelaborando su obra, año a año, depurándose, destruyéndose para reedificarse, en un proceso de cristalización. De allí que su origen modernista, su lenguaje extraído de Rubén Darío, su atracción por las formas perfectas parnasianas, pero dotadas del ángel de poesía que significaba la corriente simbolista francesa, se recompusieron, dentro de un estilo propio, con una honda y sinembargo severa manifestación lírica, que produjo una conmoción primero y luego un afán de seguirlo e imitarlo en las generaciones que le sucedieron. Dos poetas españoles presidían en lo alto y como por muy lejos estas influencias inmediatas; uno era Meléndez, del siglo XVIII; el otro Bécquer, del siglo XIX.

Encuadrado en el modernismo inicial, es que Juan Ramón publica sus dos primeros libros de poemas en un mismo año: "Ninfas", bajo la sugerencia de Valle Inclán, "Almas de Violeta", bajo la de Rubén. El padrinazgo modernista estaba patente. Un soplo de tristeza helada, quiebra, sinembargo, la exhuberancia de los modernistas: "Lo único igual a entonces// a tantas veces, luego// sin fin, de tanto fin". Y el descriptivismo, cargado de esencias, tiene también palideces románticas y melancólicas contornos: "Se paraba// la rueda// de la noche.// Vagos ángeles malvas// apagaban las verdes estrellas//. Una cinta tranquila// de suaves violetas// abrazaba amorosa// a la pálida tierra.// Suspiraban las flores al salir de su ensueño// embriagando el rocío de esencias.// Y en la fresca orilla de helechos rosados//. como dos almas perlas// descansaban dormidas// nuestras dos inocencias// —oh que abrazo tan blanco y tan puro !—//de retorno a las tierras eternas....".

Esa tristeza, esa frialdad mortecina, estaba en aquella primera época, sin embargo, revestida con el ornamento rubendariano: "Hace un frío tan horrible// que hasta el cielo se ha vestido con su veste más compacta// cae nieve en incesante lagrimeo,//

como llanto sin consuelo de algún alma adolorida...." O, "Ya estoy alegre y tranquilo// sé que mi virgen me adora//", etc. Pero sobre ese alado ritmo cruza de pronto la tristeza de Meléndez y la rima becqueriana como en un desafío a las palabras, como una incitación al ahorro de ellas:

"Primero ¡con qué fuerza// las manos verdaderas!// —La verja se ha cerrado//, se cruzan solitarios// el corazón y el campo// ¡Con qué porfía, luego,// las manos del recuerdo". O aquel final de otra pequeña estrofa condensada: "—Pero ella sabrá venir// a nosotros muerta". De sugestiva reminiscencia becqueriana, aunque con tonalidades modernistas será su poema "Adolescencia": "En el balcón, un instante// nos quedamos los dos solos//. Desde la dulce mañana// de aquel día, éramos novios.// —El paisaje soñoliento// dormía sus vagos tonos,// bajo el cielo gris y rosa// del crepúsculo de otoño—//. Le dije que iba a besarla;// bajó, serena, los ojos// y me ofreció sus mejillas,// como quien pierde un tesoro.// —Caían las hojas muertas,// en el jardín silencioso,// y en el aire erraba aún// un perfume de heliotropos—// No se atrevía a mirarme;// le dije que éramos novios,// ...y las lágrimas rodaron// de sus ojos melancólicos//. Como puede verse a través de aquellos poemas, su lirismo caía dentro del impresionismo, triunfante, entonces, también en las otras artes. Y se explica luego la poesía de García Lorca. Ya alguien, Valbuena Pratt, lo ha comparado a Debussy, esfumando y estilizando hacia lo abstracto los temas del modernismo, a la vez que consiguiendo, dentro de las formas de aquél, una mayor sencillez y una mayor carga de sensibilidad en más corto espacio. Su poesía es **realista**; pero sus cuadros están trasuntando una emoción que viene de muy adentro. No sabríamos decir si el paisaje ha producido un estado de ánimo, que brota al conjuro de dos o tres de los elementos vistos; o si la visión de esos aspectos parece reflejar un estado de ánimo que él llevaba ya anteriormente. Como cuando "los vagos ángeles malvas" apagan "las verdes estrellas". O cuando "las avenidas se alargan entre la incierta penumbra de la arboleda lejana". "La armonía romántica del poniente de oro// va resbalando sobre el río vespertino". "Nacía gris la duna y Bethoven lloraba bajo la mano blanca en el piano de ella". Ya Juan Ramón Jiménez está plenamente. Es la etapa de "Arias Tristes" y de "Jardines lejanos". Y precisamente aquí es que quiero referirme a cómo Juan Ramón Jiménez rápidamente ha de influir en la poesía de los post-moder-

nistas, pudiendo tal vez señalársele como la reacción misma. La antítesis del modernismo, que estaba surgiendo dentro de él: la tristeza vaga e incierta; la nota conceptual; la mirada puesta en las cosas sencillas. José Gálvez, que como Juan Ramón busca los cauces de los Verlaine y de los Mallarmé —más de aquél que de éste— se deslumbra ante la aparición de un poeta que tan bien interpretaba ese sentimiento, esa necesidad de atemperar la orquesta modernista de Rubén y de Chocano. **Bajo la Luna**, en 1908, ya ha recogido a Juan Ramón, o lo ha seguido en parte: "Mi canción era triste y mi voz se alargaba, // mientras mi pobre madre sonreía y lloraba. . . ." "Calma // paz // . En lo lejano // vibra temblando una queja // que viene, se va y se aleja // con la tristeza de un piano // . La apasionada lectura de Jiménez llevó a Gálvez a la picaresca aventura de valerse de Georgina Hübner, —de inventarla, propiamente, aunque ella existiera— para conseguir el valioso diálogo lírico epistolar, que culmina en la necesidad de una pretendida muerte de la amada limeña y una sentida manifestación elegíaca del poeta español. Ahí está después José María Eguren, que como Juan Ramón, ha leído a Samain y que ha descendido como Herrera Reissig de la ancha cumbre del modernismo hacia una angustia de la palabra extraña y hacia una pigmentación impresionista del mundo y de su sentimiento. En Juan Ramón: hay "un oro dulce y triste" —y repetirá "la dulzura del oro"— y la tarde "malva" más de una vez, y en la "noche bruna" surge una torre amarilla y el agua es verdinegra, y el poniente escarlata. Eguren nos presentará a la vez, una nueva sinfonía de colores: "celestia", "rubios vampiros", y también "brunas" y "negras" noches. Y ambos tomarán lieder de Schuman o transparencias de lluvia y muerte de Chopin para sus "Nocturnos". Enrique Bustamante y Ballivián irá describiendo el paisaje en un poemario que llama precisamente "Jardines". Año: 1909. "Jardines invernales, jardines de tristeza". En ambos están presentes lecturas de Francis Jammes. Las rosas de Juan Ramón adquieren variantes en nuestro poeta en su calidad y en su color: "Hay rosas en la espuma! qué tristes esas rosas!". Son flores de los Andes: "Las rosas de la nieve blanquean en la altura // de las altas montañas silentes y tranquilas". Pero son primas de las rosas "blancas, que ruedan" a los pies de la amada y que Juan Ramón "quisiera" que su alma "las hubiese brotado". Y de aquella que le hace exclamar: "No le toques ya más // que así es la rosa. . . ."

En Bustamante salen al paso las poblaciones de Arequipa, Puno, los valles sureños y luego el paisaje de Bolivia, hacia la Paz. Pero ya en Juan Ramón habían asomado valles de ensueño, con "sones tristes de flautas y de cantares". "Río de Cristal dormido// y encantado, dulce valle// dulces riberas de álamos// blancos y de verdes sauces"//. Y más acá de los Jardines de Bustamante, seguirá con "cielos de tormenta" con torres viejas, con el sonido del violín en la viña, con esas ciudades de cristal y con praderas que pasan por los ojos floridos de la mujer amada. Abraham Valdelomar, que lo ha leído y que ha leído a Jammes y a Poe: dirá que su "infancia fue dulce, serena, triste y sola" y que "la alegría nadie se la supo enseñar", con un dejo que emparenta también a este post-modernista peruano con Juan Ramón.

¿Acaso no descienden de él estos versos de Valdelomar?:  
"Viene de las montañas// un viento frío// y es como sangre de  
las entrañas// de las montañas// el río... Va por el cañaveral//  
la niña en pos de una rosa,// carcomida por el mal;// va por el  
cañaveral// silenciosa...."

Alberto Ureta también se relaciona con sus otoños grises y su melancolía a cuestas. Juan Ramón hablará constantemente del otoño. El otoño tiene un acento de modernidad en su poesía. La tristeza como motivo de exquisitez arranca del romanticismo, pero ha ido depurándose. Y el paisaje que está más allá de su misma realidad, no es una anécdota ni ambiente de leyenda, sino como algo que despierta otros mundos que lleva el poeta dentro; o como en Valdelomar, la Naturaleza, siente, se agita y llora. Es la línea post-modernista de Jiménez que se encuentra representada ampliamente en el Perú, culminando con Vallejo. Cuando leo en Juan Ramón: "Olor a libro, a rosa, a tarde, a carne, al alma, a lluvia en paz", o "O dadme fuerzas para tener este dolor"... no puedo dejar de pensar en Vallejo. Y también "Más, como cada minuto puede ser mi eternidad, ¡que poco tiempo más único".

Hay dos expresiones que señalan el paso de Jiménez de su poesía de los primeros años a una mayor depuración, a una mayor función de la lírica profunda, de ponerse en esqueleto: "Inteligencia, dame// —le dice— el nombre exacto y tuyo// y suyo, y mío de las cosas". Y luego aquel poema que es como su profesión de amor en la poesía: "Vino, primero, pura// vestida de inocencia;// y la amé como un niño;// Luego se fué vistiendo//

de no sé qué ropajes:// y la fuí odiando sin saberlo//. Llegó a ser una reina, // fastuosa de tesoros....// ¡Qué iracundia de yelº y sin sentido! // ...Más se fué desnudando, // y yo le sonreía. // Se quedó con la túnica // de su inocencia antigua // Creía de nuevo en ella. // Y se quitó la túnica // y apareció desnuda toda.... // ¡Oh pasión de mi vida, poesía // desnuda, mía para siempre! //

La persecución de la belleza eterna, de la eternidad misma, dentro de la medida y bajo el signo de la palabra pura. Pero a la vez una actitud vital. La alegría de la tristeza que le sirviera para su producción de los primeros años se va perfilando en seria perfección. Hay como un adelgazamiento, o una apretada síntesis; pero siempre adentro, un profundo e inequívoco amor a la vida: "Mi camino sin vida no es camino // es objeto // no destino //". De su primera etapa surgen alrededor los García Lorca y los Alberti. De su segunda, los Jorge Chillén y los Pedro Salinas. Todos ellos con una misma partida bautismal, pero separados por una actitud y más que por una actitud, por un carácter. En el primer grupo predominio de las formas, de la andaluza manifestación gongórica; en los segundos, hay una más intelectual posición de ordenamiento, número, de inteligencia presentación de un sentimentalismo hecho a medida y con razonamiento. Contra unos y otros se alzaría, con el puño en alto, Juan Ramón; pero unos y otros son carne de su carne, y esencia de su esencia, en un trasmutarse de actitud y de expresión lírica. Poetas de América y del Perú estarán, con él. Bastaría citar, entre nosotros a Xavier Abril y a Martín Adán de un primer instante. Se ha indicado que en esta nueva etapa influyen, su viaje a los Estados Unidos en 1916, su apasionada lectura de poetas de habla inglesa y sobre todo su matrimonio con Zenobia Camprubí. Se le asociará en este nuevo instante de su poesía a Shelley, Yeats, Frost —a lo lejos Shakespeare— y muy especialmente a Tagore, a quien tradujo magistralmente Zenobia, y del que hay con Juan Ramón como un flujo y reflujo de influencia. Pero así como nadie puede negar la impresión del modernismo en él y sin embargo vemos surgir su propia voz por entre los alejandrinos y los sonetos; así también emerge de esas lecturas y de esos contactos, el mismo Juan Ramón, exigente, en camino de perfección, en pureza lograda.

"Porque la obra de Juan Ramón Jiménez —dirá Guillermo de Torre— traduce sustancialmente un mismo espíritu de perfec-

ción, autoexigencia, depuración y recreación constantes, mantenido sin tregua y con ahinco a lo largo de más de medio siglo. Perfección, depuración, estilización que no excluye lo espontáneo, fresco y natural; antes bien, lo conjuga armónicamente con equilibrio ejemplar. Espigar poemas suyos que lo comprueben no sería tarea difícil, pero más rápido resultará recordar una de sus confidencias autocríticas que data de 1920. "Que una poesía —escribió— sea espontánea no quiere decir que después de haber surgido ella por sí misma, no haya sido sometida a espurgo por la conciencia. Es el solo arte; lo espontáneo sometido a lo consciente".

"La soledad sonora" —esa su cada vez mayor inmersión en un mundo de fantasía solitaria, donde llega tan sólo el amor de la esposa y "Los Sonetos Espirituales"— fueron preámbulo para éste su segundo acontecer en la lírica española, o su segundo estilo, como lo llaman algunos. Arranca más propiamente del "Diario de un poeta recién casado", donde toda realidad se sublimiza y parece ser sucesión de imágenes brotadas del propio poeta que va convirtiendo sus emociones en tropos. La Piedra y el Cielo —tema de toda una escuela de poesía contemporánea en Colombia— el mar y el río, en su depuración, quedan desnudos, abstractos, inmensos, plenos. Sólo está en su mano la "forma de su huída". Y así se va creando el campo de su poesía, por supuesto con el "recuerdo vasto y vehemente" de las propias cosas que se han ido acumulando en su conciencia. Es como él lo ha señalado: "la cosa misma creada por mi alma nuevamente". Hasta alcanzar aquello que persigue con tenaz empeño: "Palabra muy eterna". Los títulos de algunos de sus poemarios bastarían para indicar esa actitud: "Belleza" "Eternidades", "Canciones de la Nueva Luz" que están dentro de su "Estación Total" y por último "Animal de Fondo", donde ha de pedir a Dios, "la Transparencia". "Dios del venir, te siento entre mis manos//, aquí estás enredado conmigo en lucha hermosa// de amor, lo mismo// que un fuego con su aire".... "la transparencia, dios, la transparencia// el uno al fin, dos ahora solito en lo uno mío// en el mundo que yo por tí y para tí he creado". Es en este su último libro, donde parece adquirir categoría definitiva su posición de creador de palabras y de imágenes, en su "tercer mar" y donde no quedará más lugar a color que a la suma de los colores, la reunión de todos, el blanco.

"Escribir poesía es aprender a llegar a no escribirla, a ser después de la escritura, poema en poeta, poeta verdadero en inane conciencia consciente. ¡Qué belleza armoniosa y pacífica es ese libro en blanco, en blanco voluntario, respetado blanco final, con silencio de muerte y transfiguración".

Sobre tierras americanas la Cruz del Sur lo estaba ya ve-  
lando en su inocencia última. Fué quedándose Juan Ramón en  
esencia y le faltó tal vez el zumo de la tierra, ese enraizarse con  
la entraña, ese subir a la superficie las fuerzas interiores de la  
naturaleza. Su poesía se había ido adelgazando en extremo y le  
faltaba a él sabiduría y energía. Y así un buen día se murió.

"Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros// cantando; y se  
quedará mi huerto con su verde árbol// y con su su pozo blan-  
co.// Todas las tardes, el cielo será azul y plácido;// y tocarán  
como esta tarde están tocando,// las campanas del campanario.//  
Se morirán aquéllos que me amaron;// y el pueblo se hará nue-  
vo cada año;// y el rincón aquel de mi huerto florido y encala-  
do,// mi espíritu errará nostálgico.// Y yo me iré// y estaré solo,  
sin hogar, sin árbol// verde, sin pozo blanco,// sin cielo azul y  
plácido....//, y se quedarán los pájaros cantando".

Ha llegado desde hace un año a tierra de llegada. Lo han  
esperado los suyos que lo esperaron con su poesía. Y ha arribado  
sobre la aurora, tras una noche de encantado desear. Ha llegado  
al río —mar— desierto, en su hora, con la imagen de su obra en  
Dios final. No es, ya la ola detenida, sino la tierra sólo detenida,  
que fué inquieta, inquieta para él, en un trabajo constante en poe-  
sía y en un derrame de luz cenital sobre los otros.